



Estrategias para desmontar el adultocentrismo

Desafíos en comunidades educativas

Klaudio Duarte Quapper

<http://orcid.org/0000-0001-7855-4300>

Sociólogo y educador popular. Coordinador académico del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes de la Universidad de Chile

claudioduarte@uchile.cl

Palabras claves

Adultocentrismo; poder; epistemología; diálogos generacionales

Keywords

Adultcentrism; power; epistemology; generational dialogues

Resumen

El presente texto es un ensayo de varias ideas que surgen a partir de investigaciones y trabajo de acción directa con juventudes y comunidades donde habitan jóvenes, sobre estrategias en desarrollo para enfrentar el adultocentrismo e intentar construir alternativas en pos de su superación. A esas dinámicas les llamo en este texto *desmontar el adultocentrismo*.

A partir de tres planos de acción, reflexiono sobre pistas: para su desmontaje como estructura de poder que ha consolidado un orden social; para construir nuevas epistemologías desde lo juvenil popular; para anticipar relaciones entre generaciones en pos de solidaridad y justicia generacional. El propósito de este ensayo es contribuir con claves para el análisis sobre el sistema de dominio adultocéntrico y profundizar en experiencias para su desmontaje. Asimismo, presento desafíos que desde las relaciones generacionales hemos experimentado en el esfuerzo por hacernos parte del desmontaje del adultocentrismo.

Abstract

This text is an essay of several ideas that arise from research and direct-action work with youth and communities where young people live, on strategies in development to confront adultcentrism and try to build alternatives in order to overcome it. In this text I call those dynamics dismantle adultcentrism.

Based on three plans of action he reflected on clues: for its dismantling as a power structure that has consolidated a social order; to build new epistemologies from popular youth; to anticipate relationships between generations in pursuit of solidarity and generational justice.

The purpose of this essay is to contribute keys to the analysis of the adult-centric dominance system and to delve into experiences for its dismantling. I also present challenges that we have experienced from generational relationships in the effort to become part of the dismantling of adultcentrism.

Introducción

El adultocentrismo constituye un orden social que legitima relaciones y prácticas de exclusión y discriminación imponiendo una mayoría por sobre una minoridad (Duarte, 2016), establecidas estas en función de los roles sociales que se juegan en las diversas instituciones en que se verifica la organización social, así como en una lectura artificiosa de las edades en cada contexto histórico.

Uno de los asuntos que permite la reproducción de este dominio es la divulgación de un discurso social que tiene al menos dos vectores: uno, que apela a la idea de que se trata de un orden natural que preexiste a las organizaciones construidas por agrupamientos humanos en la historia; otro, que sostiene la noción de estar ante una fuerza sobre humana —que está fuera del control de la sociedad—, por lo tanto, imposible de modificar. Esta naturalización y fatalismo político son parte de un mismo engranaje que consolida las bases para la reproducción acrítica de este sistema de dominio y de los otros con que intersecciona —patriarcado, capitalismo, racialización, capacitismo, segregación territorial—.

Este dominio se asienta sobre estructuras de poder, comprendido este como atributos que permiten a actores/as y grupos ejercer control y tomar decisiones en diversas situaciones (Hernández, 2018). En las ideas que ensayo en este texto, referidas a comunidades educativas, esta capacidad de ejercer control, se retroalimentan de las formas que adquiere la participación de personas y grupos. Comprendo participar como las capacidades que poseen las y los actores sociales de tomar parte en los procesos de vida que les involucran, en relación directa con la producción de las condiciones para que esas capacidades se desplieguen (Palma, 1999).

Diversas perspectivas teóricas de las ciencias sociales (De Beauvoir, 1987; Lerner, 1986; Meillassoux, 1982; Segato, 2003), han mostrado como, para el caso del patriarcado, se trata de una construcción histórica cuya emergencia se produce a partir de ciertas dinámicas y fuerzas sociales en el proceso largo de pasaje entre los modos de vida nómada y los de tipo sedentario hace miles de años. En los siglos posteriores dicho orden

de dominio se ha consolidado, aunque en el último siglo ha sido objeto de críticas radicales que pugnan por su transformación.

En este ensayo me sitúo desde la consideración de que el adultocentrismo también es un orden socialmente construido. He mostrado en trabajos anteriores algunas de las dinámicas que permiten mapear el proceso de su emergencia y reproducción en diversas épocas y tipos de formaciones sociales (Duarte, 2012; 2016). También he planteado cómo su construcción en la historia humana está muy vinculado a la emergencia del patriarcado en tanto ambos comparten de alguna manera, la cosificación de los cuerpos y sus capacidades productivas y reproductivas, como elemento que instaura las asimetrías y violencias que condensan su existencia como sistema de dominio. En el adultocentrismo son los cuerpos de niños, niñas y personas consideradas menores según cada cultura; en el patriarcado son principalmente los cuerpos de las mujeres y diversidades sexuales.

De esta manera, el fatalismo que rodea algunos análisis, que plantean el carácter robusto de los sistemas de dominio y una cierta condición natural en ellos, quedan desbordados al presentar el carácter histórico que poseen, pues esa argumentación permite verificar las posibilidades de transformación que quedan en directa dependencia de las capacidades políticas de actores que se desplieguen en pos de ese propósito. Se ha venido elaborando una confianza epistemológica de que sí es posible esa modificación radical, así en algunos planteamientos del feminismo comunitario latinoamericano se habla de «desmontar» los mecanismos que le permiten reproducirse al patriarcado (Galindo, 2015). En cuanto construcción histórica y por su condición de orden social, haciendo referencia a esos mecanismos y lógicas, se busca provocar la despatriarcalización que:

«representa esa nueva reinención del feminismo entero porque supone al mismo tiempo un horizonte de lucha no liberal y no de inclusión dentro, sino de desmontaje del patriarcado como estructura de poder, una metodología de práctica política que supone la capacidad de decodificar, desmontar, dismantelar los mandatos y estructuras patriarcales y el reconocimiento de un nuevo punto de partida,

que es el hecho de que desde el complejo universo de las mujeres ese proceso de despatriarcalización de facto se está dando» (Galindo, 2015; 626).

En coherencia con lo antes señalado y aprendiendo de este aporte feminista, planteo que el adultocentrismo también es posible y necesario de *desmontar*. En tanto sistema de dominio que se origina vinculado al patriarcado, que se constituyó a partir de una revolución de varones adultos que transformaron las condiciones políticas y culturales, con base en la apropiación económica, sexual y política de las mujeres y de las personas consideradas menores, imponiendo de forma violenta lógicas de competencia y subordinación.

En el marco de este texto concibo el adultocentrismo como un sistema de dominio de mayores sobre menores, provocando que las cuestiones referidas a la dependencia familiar, el momento del ciclo vital, la edad, las tareas para el desarrollo, las capacidades de actuación política, el control represivo sobre el deseo sexual y otros aspectos, fueran conformando una base material, simbólica, política y sexual de este dominio. En él, las personas socialmente significadas como mayores han ejercido control de superioridad y definido las características de cada orden social.

A partir de lo anterior, me planteo ensayar algunas ideas sobre al menos tres planos en que los procesos de desmontar el adultocentrismo se han venido verificando en las luchas juveniles y generacionales, y que plantean desafíos para la acción directa con jóvenes. Un primer plano se refiere al desmontaje del adultocentrismo como estructura de poder que ha consolidado un orden social; el segundo, se vincula con su condición de paradigma impuesto y la urgencia de seguir construyendo nuevas epistemologías desde lo juvenil popular; el tercer plano se ubica en las relaciones cotidianas entre generaciones y los desafíos para la transformación liberadora de los puentes de solidaridad y justicia generacional.

1. Desmontaje del adultocentrismo como estructura de poder

En lo que refiere al plano de la transformación del sistema de dominio adultocéntrico, sugiero considerar inicialmente que una dominación sistémica solo puede ser contrarrestada mediante transferencias de poder y más específicamente auto transferencias de poder. Si lo planteado sobre adultocentrismo refiere a condiciones de dominio, ello se enfrenta en la capacidad, como agencia de las y los actores, de constituirse en tanto tales por la vía de desplegar relaciones liberadoras que transformen las atribuciones y reproducciones de la mayoría/minoridad. El eje que propongo considerar apela a la colaboración entre las y los diversos actores como elemento fundacional de nuevas socialidades. Lo alternativo al adultocentrismo, no es de ninguna manera *jovencentrismo*, sino relaciones generacionales colaborativas que tiendan a promover relaciones sociales justas y solidarias.

Para ello se requieren acciones de resistencia de quienes se concientizan sobre la necesaria transformación social, en que el factor autonomía juega un rol catalizador vital para que las y los actores ganen en autoestima y dignidad. Ello implica provocar alternativas a la constelación de sistemas de dominio que ya mencioné y que se conjugan con adultocentrismo.

En específico, las y los jóvenes adquieren ahora una doble acepción: condensan en sus vidas las experiencias de dominio/poder adultocéntrico y, en el mismo movimiento, contienen las posibilidades de construir resistencia/transformación como oportunidad liberadora.

Lo que se requiere para ello, entonces, es la transformación de las formas de ejercicio de poder. Este, que se va reproduciendo de forma imbricada en relaciones cotidianas de orden micro y en procesos estructurales de orden macro, se concentra en la capacidad de tomar decisiones y de llevar adelante las acciones necesarias para que lo decidido acontezca.

Cuando analizamos con personas jóvenes y adultas las formas de decidir que ocurren en las familias,

instituciones educativas, organizaciones sociales territoriales, partidos políticos, iglesias y otras, se verifica que las personas ubicadas en las posiciones de minoridad son excluidas de esas posibilidades de resolver con autonomía. Y más bien, lo que está legitimado socialmente es que son otros/as los que deciden por ellos/as como una atribución naturalizada que no se permite discutir. Por ejemplo, suele ocurrirnos en la conversación con profesionales dedicados a la gestión de políticas públicas, que podrían involucrar activamente a las personas jóvenes en esos procesos, que no lo ven necesario, no se imaginan cómo hacerlo y tampoco ven a las y los jóvenes aportando.

De esta forma, las lógicas de participación en nuestras sociedades contemporáneas siguen reproduciendo lógicas de marginación hacia las personas jóvenes y niñas. Existen mecanismos consolidados que les niegan las posibilidades de actuación en los asuntos que les importan y afectan directamente: se les invisibiliza, se les posterga, se niegan sus aportes y se les coopta, como formas institucionalmente legitimadas por el adultocentrismo. Ejercer poder por la vía de la toma de decisiones desde lo personal a lo social colectivo es un aprendizaje al que todas las personas podemos acudir si la sociedad en que vivimos cuenta con las condiciones para que ello ocurra de forma cotidiana. Parto desde la noción de que las personas contamos con las capacidades para realizar ese ejercicio, que las y los jóvenes requieren contar con ambientes sociales e instituciones que les estimulen a desplegarse y hacerse parte de los procesos que les son relevantes.

Hemos desarrollado experiencias en escuelas secundarias y territorios barriales en que la consigna ha sido «a participar se aprende participando», buscando promover procesos en que las y los jóvenes experimenten esta capacidad (Mineduc, 2018). De forma simultánea, ello ha implicado desplegar procesos con las personas adultas con que se vinculan para provocar procesos de compartir el poder, creando mecanismos para sus transferencias, principalmente por medio de formas que incidan en la toma conjunta de decisiones. Esta radicalización de los modos de tomar parte en la sociedad es lo que comprendo como protagonismo juvenil.

Un aprendizaje fundacional es que la juvenilización de los procesos con jóvenes, entendida como únicamente

trabajar con las personas jóvenes, no produce cambios sostenibles, sino que se requiere, desde las experiencias juveniles, provocar vinculaciones con las personas de otras generaciones, especialmente adultas y adultas mayores, con las que conviven cotidianamente. Cómo plantearé más adelante, de alguna manera hemos de abordar la pregunta por cuál es la adultez que se requiere experimentar en procesos de desmontar el adultocentrismo.

2. Nuevas epistemologías desde lo juvenil popular

Como se ha señalado antes, el adultocentrismo constituye simultáneamente un orden de dominio y un paradigma que le otorga los argumentos pretendidamente científicos para su reproducción. Siguiendo la propuesta de Kuhn (1971), me parece que estamos ante una anomalía por la emergencia de un conjunto de perspectivas alternativas a ese paradigma y que se encuentran en coexistencia en esta época —construcción social de juventudes, trayectorias socio educativas, culturas juveniles, lo generacional para leer lo social— (Duarte, 2018).

A partir de investigaciones sobre los modos de producir conocimiento sobre juventudes en Chile, puedo proponer algunos asuntos a considerar en la construcción de nuevas epistemologías de lo juvenil, principalmente cruzadas con un componente de clase desde los sectores populares.

Esto implica un debate sobre las epistemologías en uso, superando epistemes de la distancia, la asimetría, el encantamiento y la fascinación, hacia epistemes de la cercanía (Reguillo, 2012) y la solidaridad entre quienes producen conocimientos y quienes han de ser considerados/as como sujetos/as de ese proceso (Duarte, 2018). El concepto alternativo radica en que las y los jóvenes poseen saberes potentes que en su época pueden constituir aperturas interesantes de considerar, para lo cual las epistemes de la acción investigativa han de modificarse.

Una modificación radical apela a los imaginarios que se requieren, lo que podrían quedar sostenidos en el reconocimiento de las potencialidades y capacidades que tienen las personas jóvenes y que ahora, en tiempo presente, pueden aportar en sus comunidades. Superar los imaginarios que les significan como problema, riesgo y amenaza social, o que les conciben como el chivo expiatorio de los males sociales en cada época —tráfico de drogas, SIDA, contagio pandémico, violencias, entre otros— resulta una condición vital para construir nuevos lentes de observación y conceptualización de las realidades juveniles y sociales. Para ello, hemos venido elaborando y sugiriendo un conjunto de mecanismos epistémicos que aportan a esta construcción de miradas alternativas. Por una parte, el reconocimiento a las singularidades juveniles que, a partir de su conocimiento y valoración social, puede producir diversidad y pluralidad de juventudes, como resultados políticos de respeto a esas singularidades. Por ello hablar de juventudes, en nuestra propuesta, insiste no en un asunto de moda lingüística, sino en hacernos cargo del efecto epistémico y, por lo tanto, político que implica la valoración de las diversidades juveniles en términos conceptuales y en los desafíos metodológicos que ello exige en los procesos de acciones formativas directas. Unas nociones de lo colectivo juvenil como un ámbito de experimentación fundamental para las identidades juveniles. La validez que estos sujetos y sujetas les otorgan a las experiencias con sus semejantes y la alta valoración que ellas tienen como parte de sus opciones han de ser conocidas y legitimadas por la investigación social, en especial la que aborda cuestiones juveniles. Una cuestión que juega con fuerza en estas nuevas epistemes es la reconceptualización de las temporalidades asociadas al ciclo vital. Ya no desde la linealidad que ubica el pasado como lo vivido y el futuro como inexistente y por venir, sino que recuperando las epistemes ancestrales, propongo considerar el pasado como lo que nos trajo hasta aquí y el futuro como el que estamos construyendo en tiempo presente. En ese sentido, es que podríamos acoger la consigna de que «los y las jóvenes son el futuro de...», si a la base de esa imagen está la noción de que son las personas que hoy están construyendo el futuro, por lo tanto, sus aportes son legítimos y válidos en este momento, en cada ámbito de sus vidas y en sus sociedades.

Estas exigencias epistemológicas abren la necesidad de cuestionar y reconsiderar las nociones clásicas con que se ha concebido a jóvenes, por ejemplo, en el ámbito de la acción política juvenil. Por una parte, la valoración de sus modos propios de acercarse a la acción política, de organizarse y de interrogar generacionalmente a su sociedad en cada época; por otra, la necesidad de contar con concepciones dinámicas y emergentes que permitan una mayor capacidad heurística y mejor pertinencia política del conocimiento producido.

Una valoración de la conflictividad como un componente de lo social y político que otorga posicionamiento político a la construcción de lo juvenil, en cuanto búsqueda de un cierto orden deseado (Lechner, 2006). Esta valoración permitiría asumir que el autoritarismo evidenciado por la investigación social sobre lo juvenil es un dispositivo propio del dominio adultocéntrico y como tal ha de ser conceptualizado y enfrentado políticamente.

La historización de lo juvenil es un mecanismo potente para contradecir los mecanismos que sostienen imaginarios que naturalizan y quitan posibilidades de transformación de las condiciones que experimentan las y los jóvenes. Este mecanismo aporta elementos para la comprensión crítica de la emergencia y procedencia del sistema de dominio adultocéntrico, así como facilita la comprensión sistémica de los imaginarios producidos sobre lo juvenil.

En continuidad con esta concepción de lo político alternativo, la cuestión de lo colaborativo como posibilidad para esa acción política, en especial con los mundos adultos, se constituye en un concepto a considerar. La colaboración intergeneracional es planteada como una alternativa, la que se consolida en una perspectiva del mismo tipo: lo generacional. Si bien es incipiente en América Latina un desarrollo sistemático de esta perspectiva como alternativa a lo adultocéntrico, abre espacios para interrogantes críticos sobre nuevas perspectivas para el análisis de lo juvenil. También es importante considerar la emergencia conceptual que plantean las experiencias juveniles contemporáneas, que tensionan las categorías y epistemes clásicas y abren nuevas posibilidades a la producción de conocimientos sobre lo juvenil, para recrear sus esquemas en uso y para permitirse reinventar sistemáticamente sus perspectivas y métodos de trabajo en la producción de conocimiento. Esta propuesta exige

la valoración de las personas jóvenes como productores de conocimientos en tiempo presente; por lo tanto, se pueden convertir en activos participantes de los procesos que desplegamos para producir conocimientos en cada sociedad sobre las realidades juveniles. Implica producir conocimiento con y desde ellos y ellas.

3. Desafíos en las relaciones generacionales

En articulación con lo señalado, existe un plano de acción directa que se puede denominar lo relacional-subjetivo, aunque lo anterior también aporta componentes en ese sentido. De alguna manera, se trata de los ámbitos de acción más cercana que las y los jóvenes y otras personas con las que se vinculan experimentan en su cotidianidad.

A partir de la observación en diversas experiencias juveniles de aquellos modos de hacer que adelantan la sociedad participativa que quisiéramos construir, puedo sugerir al menos tres desafíos en la búsqueda de alternativas al adultocentrismo. Uno que implica directamente a las personas jóvenes en sus vínculos intrageneracionales; otro que les articula con otras generaciones y, finalmente, preguntas críticas sobre la adultez que han venido emergiendo en los últimos años. **En lo intrageneracional** se requiere desplegar procesos educativos en este proceso de desmontar adultocentrismo, con las personas jóvenes para que desplieguen reflexiones sobre su posición subordinada en la sociedad, la nutran de contenidos y busquen alternativas a ello. Una de las tensiones que les afecta —aun sin ser siempre consciente de ello— es que se les prepara para obedecer y no ganar en autoestima y autonomía. Esas claves adultocéntricas las incorporan y muchas veces les escuchamos reiterarlas con sus discursos, e incluso con la naturalización de estos, como algo que «siempre ha sido así». Por ello, es muy importante desplegar procesos (auto) formativos de

concienciación de la condición adultocéntrica de la sociedad, de los efectos en sus vidas y de iniciativas para construir alternativas.

Junto a ello, es vital que observen las asimetrías que reproducen al interior de sus grupalidades y relaciones cotidianas: entre un curso de último nivel de secundaria y los que vienen llegando a ella, entre quienes ejercen roles directivos y quienes no en la organización juvenil, entre otras cuestiones.

Una experiencia concreta la hemos observado en establecimientos de enseñanza secundaria cuando se deben tomar decisiones de acciones cotidianas o cuestiones de tipo política y se tiende a valorar más la palabra de quienes son mayores en edad y en curso, deslegitimando las voces de quienes son considerados menores (Mineduc, 2018).

En algunas agrupaciones territoriales juveniles también hemos observado dinámicas similares, en que recurren a la edad o al rol que juegan en la organización para darle valor o negárselo a las propuestas que hacen y sobre todo en la toma de decisiones (Escobar, 2019).

De esta forma, el adultocentrismo también es una expresión de dominación que se verifica en las relaciones entre jóvenes, mostrando el aprendizaje que la socialización les va imponiendo. Por ello, es vital el énfasis en los procesos educativos con jóvenes, la apertura a esta observación crítica de las dinámicas «hacia dentro» de las relaciones con sus semejantes.

En las relaciones con otras generaciones, en especial con los mundos adultos, una estrategia que hemos venido desplegando son los diálogos intergeneracionales (Duarte, 2022; Mineduc, 2018). Estos siguen siendo una posibilidad importante para abrir canales de vinculación y colaboración entre personas de distintas generaciones que conviven en nuestra sociedad: territorios, familias, instituciones educativas, programas sociales, organizaciones de la sociedad civil, entre otros. Tal como hemos señalado, dichos diálogos exigen a las personas adultas que nos dispongamos a compartir poder y potenciar el ejercicio de este en las personas jóvenes. Dialogar consiste en procesos de construcción conjunta y colaborativa de conocimientos, por medio del intercambio de las experiencias que cada cual aporta. Parto entonces del aprendizaje de que las personas jóvenes sí poseen experiencias, como conjunto de aprendizajes que producen a partir de la reflexión de lo que viven.

Así, todas las personas en sociedad pueden producir experiencias y ofrecerlas en procesos de intercambio respetuoso.

En estos intercambios, la palabra de cada cual es legítima y, como sujetos políticos, ganan en reconocimiento al ser valorados sus aportes en tiempo presente. De alguna manera, a través de estos diálogos se enfrenta la asimetría del valor de dichos aportes según los roles institucionales que se juegan, y se avanza en equivalencia social de dichos roles y en la igualación en valor de los aportes.

Por ejemplo, en comunidades educativas de enseñanza secundaria y superior, hemos acompañado procesos de diálogos entre actores/as de diversas generaciones —estudiantes, docentes, directivos/as, familias— y constatamos las dificultades para partir y para darle continuidad por las desconfianzas mutuas existentes. Sin embargo, a medida que se avanza en el intercambio de experiencias y en la modificación de la significación y valoración de la palabra de cada actor/a, se logran establecer unos diálogos como legitimación de los diversos aportes. Estos procesos requieren sistematicidad de parte de las comunidades educativas, para que aquello que se experimenta en este tipo de actividades diseñadas con los propósitos señalados, se vaya haciendo parte de la cotidianidad de los procesos educativos (Mineduc, 2018). Diálogos intergeneracionales promueve la oportunidad para que diversos/as actores/as produzcan de manera conjunta miradas sobre lo que están viviendo, análisis compartidos y propuestas de transformación de aquello que les produce malestar y profundizar en lo que reconocen como aportes a su comunidad.

En el contexto actual, estos diálogos constituyen una anticipación del tipo de sociedad en que queremos vivir, por ello están sujetos a tensiones, obstáculos —como bloqueos generacionales— y dificultades que cada colectivo o comunidad necesita autoobservar para buscar mecanismos de superación y seguir probando nuevas formas. Se trata de una propuesta a contracorriente de lo que las diversas instituciones en contexto capitalista, patriarcal y adultocéntrico imponen, por ello la invitación que realizo abre un conjunto de cautelas en las condiciones ambientales para implementar estos diálogos que hay que atender en el proceso.

Por último, una cuestión que ha venido emergiendo con fuerza en la última década, desde la acción directa

en establecimientos educacionales secundarios, es la pregunta: **¿qué adultez se está construyendo en contexto adultocéntrico y capitalista?** Surge principalmente como un aprendizaje que desde el trabajo educativo con jóvenes se plantea, a partir de que por más que estos sujetos/as fueran imaginando nuevas formas de relacionarse en sus diversos ámbitos de vida, se encontraban con «un muro adulto-adultocéntrico» que no quería cambiar y que, más radical aún, señalaban que «ya no podían cambiar». Acompañamos un proceso de formación de docentes de educación superior de un Instituto Profesional. Uno de los aspectos de intensa reflexión giró en torno a las formas de adultez que se experimentan cumpliendo el rol de profesor/a, así como las relaciones intrageneracionales adultas en el espacio educativo y las formas de reproducción de adultocentrismo entre personas adultas. Algunos de los desafíos que se plantearon apuntaban a la necesidad-urgencia de modificar las relaciones con estudiantes y entre docentes, desarrollando acciones concretas de transferencia de poder para avanzar hacia comunidades educativas respetuosas y en que cada uno de los actores pueda participar sustantivamente de los procesos en que están involucrados.

En otros trabajos he planteado primeros análisis sobre la construcción social de adultez en la contemporaneidad y tratamos de aportar preguntas críticas sobre una categoría acientífica, que además no es estudiada ni interrogada críticamente (Duarte, 2018). Menos aún sus formas de verificarse en las relaciones cotidianas. Por ello, para avanzar en este desmontar adultocentrismos, se vuelve de vital importancia incluir y profundizar en estos interrogantes críticos que nos permitan abrir posibilidades para que, quienes están en ese momento de su ciclo vital, o juegan roles socialmente construidos como de adultez, puedan plantearse alternativas anti adultocéntricas en esa experiencia. La consigna que hemos construido en este desafío plantea «cómo ser adulto/a y no reproducir adultocentrismo».

4. Conclusiones

El adultocentrismo es un sistema de dominio construido desde hace miles de años y reproducido en cada época histórica. El sistema educativo ha sido una de las instituciones en que se ha venido consolidando esta distribución asimétrica de poder, que afecta a las personas jóvenes que son minorizadas en la sociedad. En la complejación de sus formas de operar, este sistema también legitima la dominación al interior de cada generación a partir de las significaciones sociales, de las edades y de los roles sociales.

En cuanto construcción humana, he sostenido en este texto que se puede desmontar. Para ello resulta fundamental reconstruir las relaciones de poder, en vías de construir ambientes sociales y particularmente educativo, en que las dinámicas sociales se caractericen por procesos permanentes de transferencia de poder entre diversos/as actores/as, que se sostengan en la participación sustantiva, y que anticipen una sociedad de respeto y solidaridad generacional.

Esta opción política de transformación, exige construir nuevas epistemologías desde lo juvenil popular, sostenidas en la solidaridad, reconocer las capacidades y potencialidades juveniles en tiempo presente, la valoración de las singularidades de las juventudes, la valoración de lo colectivo juvenil y lo colaborativo generacional, la reconceptualización de las temporalidades y de las acciones políticas juveniles, la historización de lo juvenil en cada sociedad, y las posibilidades de las personas jóvenes como productores de conocimiento.

Finalmente, lo generacional como perspectiva para leer lo social, aporta a complejizar el análisis, en lo que refiere a las dinámicas entre jóvenes y personas adultas, así como a las relaciones al interior de cada generación.

Bibliografía

- De Beauvoir, S. (1987). *El Segundo Sexo*. Siglo XXI.
- Duarte, K. (2023). Juventudes y Movimiento estudiantil. En Manuel Antonio Garretón & Silvia Lamadrid (Coords.) *Política y Sociedad en Chile 2022-2023. Archivos del Laboratorio de Análisis de Coyuntura Social*. (pp. 87-96) Editorial Universidad de Chile.
- Duarte, K. (2022). *Educación para fracturar el Adultocentrismo*. Colección Cuadernos Pedagógicos. Editorial Aguaderramada. IP ARCOS.
- Duarte, K. (2018) Investigación social chilena en juventudes. El caso de la Revista Última Década. *Revista Última DÉCADA*, 50, 126–154. <https://ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/53849>
- Duarte, K. (2016). Genealogía del adultocentrismo. La constitución del patriarcado adultocéntrico. En Klaudio Duarte & Carolina Álvarez (eds.) *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan*. (Vol. 1, pp. 17-47). Social Ediciones. Universidad de Chile.
- Duarte, K. (2012). Sociedades Adultocéntricas : sobre sus orígenes y reproducción. *Revista Última DÉCADA*, 36, 99–125. <https://ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/56108>
- Escobar, S. (2019). Jóvenes secundarios: una mirada actualizada de las dinámicas sociales que constituyen a las organizaciones juveniles. En Klaudio Duarte; Natalia Hernández & Yadira Palenzuela (eds.). *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan*. (Vol. 2, pp. 93-116). Social Ediciones. Universidad de Chile.
- Galindo, M. (2015). La revolución feminista se llama Despatriarcalización. En ACSUR, *Descolonización y despatriarcalización de y desde los feminismos de Abya Yala* (pp. 27-50). ACSUR-Las Segovias.
- Hernández, N. (2018). *Poder, una categoría de análisis en los procesos de intervención de jóvenes: Estrategias de intervención en lo político* [Tesis Doctoral]. <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/72570>
- Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, N. (2006). *Obras escogidas*. LOM Ediciones.
- Lerner, G. (1986). *La creación del Patriarcado*. Crítica.
- Meillassoux, C. (1982). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI.
- Ministerio de Educación. (2018) *Caja de herramientas para la participación juvenil*. Mineduc
- Palma, D. (1999). *La participación y la construcción de ciudadanía* (No. 27). Universidad ARCIS.
- Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*. Siglo XXI.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes.